

MIRIAM LEWIN

HORACIO LUTZKY



# IOSI

## EL ESPÍA

### ARREPENTIDO

La confesión del policía federal infiltrado en la comunidad judía.  
Amor, traición y muertes en una operación secreta.  
Los atentados contra la Embajada y la AMIA

SUDAMERICANA

## Miriam Lewin y Horacio Lutzky

### **losi: el espía arrepentido**

La confesión del policía federal infiltrado en la comunidad judía

Amor, traición y muertes en una operación secreta

Los atentados contra la Embajada y la AMIA

Sudamericana

*A Josef, mi papá, que me inspira  
todavía con su transparencia.*

*A mis hijos y a Daniel.*

*A la memoria de las víctimas.  
Sobre todo a la de Sebastián.*

M. L.

*En recuerdo de mis viejos.*

*A mis hijos y a Andrea.*

*A los que no se rinden frente  
a la impunidad de los poderosos.*

H. L.

*Algunos de los nombres y lugares mencionados en la presente obra fueron modificados por razones de privacidad y seguridad de las personas aludidas. La narración en primera persona de losi es una recreación libre de las charlas y encuentros mantenidos con el protagonista a lo largo de los años.*

*Los autores*

## YO, ESPÍA

Me llaman losi. Por Iosef, el nombre hebreo de José. Buena parte de mis días fui judío y participé de encuentros políticos y culturales en instituciones de la colectividad en la Argentina. Pero no es mi verdadera identidad, no: soy agente del Servicio de Inteligencia de la Policía Federal.

En realidad, fui ambas cosas a la vez: desde 1985 mi trabajo como policía consistió en infiltrarme en entidades de la comunidad judía para obtener información sobre sus planes secretos. Todas las actividades de sus agrupaciones y de sus dirigentes debían ser reportadas por mí. Pero lo esencial era llegar a descubrir cómo se organizaban los judíos para concretar el proyecto de conquistar parte del suelo argentino y convertir la Patagonia en uno más de sus dominios, como advertía el "plan Andinia". Y toda otra maquinación que tuviera lugar en esos cenáculos inexpugnables y misteriosos. Eso fue, claramente, lo que me encomendaron mis jefes.

Realicé mi tarea mejor que nadie. Dominé el hebreo y me convertí en un sólido conocedor de la religión, la cultura, la historia y las tradiciones judías. Durante casi quince años me integré paciente y hábilmente en agrupaciones sionistas y organicé actividades. No hay institución judía a la que no haya podido entrar sin ser revisado —aun armado—, incluso después de los atentados a la Embajada de Israel y la sede de la AMIA. También pude saludar a conocidos en la Embajada y caminar por sus pasillos, los mismos que recorren los míticos miembros del Mossad. Pude hacerlo, porque soy losi.

Se trataba de una labor sin horarios y sin descanso. Como dicen en "la cole", no es fácil ser judío. Ya hablaremos de eso.

Durante los primeros años llevé adelante mi misión sin conflictos personales ni padecimientos espirituales, y llegué tan lejos que ni mis propios mentores podían creerlo. Recuerdo sus caras de satisfacción cuando logré formar parte de la comisión directiva de una entidad central de la colectividad judía en la Argentina. Entré en cada lugar que me propuse, y pude comprender cabalmente esta comunidad, en sus anhelos y sus temores, en sus grandezas y sus bajezas, en sus luchas y sus padecimientos, y en sus infinitos debates internos. Fui líder en grupos universitarios y —no sé muy bien en qué momento ocurrió— comencé a sentirme demasiado cómodo en el grupo social en el que transcurría toda mi vida. No había encontrado ninguna conspiración oscura, nada de lo que auguraban los textos antisemitas en los que abrevaban mis responsables policiales. Había miserias, como en cualquier grupo humano, pero ningún turbio complot antiargentino.

Tanto me integré en la colectividad, tanto me mimeticé, que me enamoré perdidamente de una chica judía. Un amor sin medidas, un amor prohibido y secreto que dejé que me ganara en cuerpo y alma. No pude impedirlo: era la mujer de mi vida. Nunca había amado así, y seguramente nunca volveré a hacerlo. Nos casamos en secreto e incluso llegamos a intentar mi conversión y una huida a Israel.

Cuando explotó la bomba en la Embajada, poco después de que desprevénidamente yo estuviera a punto de ir a una reunión allí, empecé a preguntarme si la información que transmitía en encuentros secretos no habría contribuido al atentado. Después de la explosión en la AMIA ya no tuve dudas. Me habían pedido detalles del edificio, había dejado en manos de mis superiores un plano de la sede, había reportado movimientos, nombres, responsabilidades y horarios.

Busqué alivio para mi desesperación. Me integré sin obstáculos en los cuerpos de autodefensa juveniles que fueron instruidos y tuvieron a su cargo la seguridad de las instituciones comunitarias, los clubes, las escuelas, las sinagogas. Mis jefes empezaron a sospechar

cuando me pidieron apellidos, lugares de entrenamiento de esos grupos y yo contesté con evasivas. Me ralearon, me trasladaron al interior, me destinaron a tareas burocráticas, me separaron de mi esposa. Destruyeron mi pareja. Empecé a temer que me mataran.

Cuando me cruzaba con mis anteriores camaradas de la comunidad, me trataban con admiración y respeto. Estaban convencidos de que había sido convocado para alguna misión especial, y no preguntaban por mis ausencias.

Grabé un video a solas, advirtiendo que si aparecía muerto los responsables debían ser buscados entre los azules. Guardé evidencias de mi trabajo, documentos, credenciales, actas.

Solo, busqué apoyo en dos judíos en quienes todavía puedo confiar: un abogado, director de un periódico de la comunidad, y una periodista. Los contacté sin saber si me iban a dar la espalda o si iban a denunciarme por cómplice de los asesinos. Ellos intentaron durante largos años, por todos los medios, conseguir adhesiones para que yo pudiera declarar en el exterior, a salvo, lejos de todo. La farsa armada en la justicia argentina y la inacción absoluta para llegar a la verdad me convencían de que no era en los tribunales locales donde tenía que hablar. En largos y kafkianos peregrinajes en busca de respaldo encontraron indiferencia y complicidad con el silencio. A veces, después de un entusiasmo inicial, los contactos se desdibujaban. Lo intentaron todo, desde recurrir al Centro Simón Wiesenthal hasta apelar a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) en Washington. Desde la entonces primera dama y senadora Cristina Kirchner hasta el influyente Comité Judío estadounidense. Hay que decirlo, a veces dudé. Temía perder lo único que me quedaba. Ya había perdido el amor, ahora podía perder a mi hijo y a mi padre anciano.

Hoy tengo el corazón desgarrado. Ya no logro conciliar el sueño sin somníferos y aun así me persiguen las pesadillas. Hay sangre, cuerpos destrozados, ayes de dolor. Las palpitaciones me asaltan una y otra vez, y los zumbidos resuenan en mi cabeza con mayor nitidez en las horas nocturnas.

Siempre temí que mis mundos colisionaran alguna vez, pero lo que sucedió fue mucho peor. Ya no pertenezco a ninguno de los dos. Ahora soy un testigo protegido, que debe continuar oculto, al igual que todo lo que conoce. Porque así lo dispuso el fiscal Alberto Nisman. Pero el fiscal apareció muerto, y yo no sé qué hacer.

La angustia me está destruyendo. Una y otra vez vienen a mi memoria los rostros de Riqui, de Carlitos, de Silvia y de otros pibes que murieron por la bomba en la AMIA, que fue destruida tras un preciso trabajo de Inteligencia al que yo, losi, sin saberlo, contribuí.

Pero hay más, mucho más. Y es demasiada soledad para un solo hombre. Demasiada carga para continuar callado.

Por eso decidí contar toda mi historia.



## CAPÍTULO 1

Ya no aguanto más. Estoy a punto de enloquecer. En este pueblito ignoto y aburrido, aislado, lejos de mi familia, sin amigos, ni siquiera alguien con quien charlar. Salgo por las mañanas a recorrer caminos rurales para calmar la ansiedad, me refugio en bares y almacenes para matar el tiempo, pero es inútil. Llega el anochecer y me gana la desesperación.

Porque soy un fantasma que no debe dejar rastro de su existencia. Soy un testigo protegido y nadie tiene que saber dónde me encuentro. "Testigo protegido". Suena importante, pero yo me siento un miserable fugitivo.

No es conveniente que me vincule con los lugareños, porque tendría que mentir sobre mi vida y mi identidad. Si me lo propusiera, podría hacerlo sin ninguna dificultad, pero no quiero vivir nuevamente en el engaño. Cuando tuve que cumplir con lo que me ordenaron, construí una existencia falsa, con falsas amistades, con falsos amores, una existencia que me fue ganando y se volvió muy real, pero que ahora está destruida. Ya no sé ni quién soy.

Y quiero que la verdad salga a la luz. Toda la verdad. Durante casi diez años realicé fielmente el trabajo que me encomendaron, en plena democracia, funcionarios argentinos, para servir a mi país, según me dijeron. Cumplí las tareas que me pidieron, con mi cuerpo y mi alma, con total entrega, sacrificando mi vida familiar y cualquier otro proyecto personal. Hasta que empecé a tener la certeza de que la información que elevaba a mis jefes era la que se necesitaba para dañar a los que había empezado a querer, a defender. Es una realidad perversa, pero no puedo esconderla más.

Sé que pueden estar buscándome. Son muchos los que quieren que nunca cuente mi historia, que involucra el espionaje contra la comunidad judía y las masacres de 1992 y 1994, en Buenos Aires, con más de un centenar de muertos que pesan en mi conciencia. Por haber formado parte de una estructura que hizo posibles los atentados, incluyendo el más mortífero ataque contra una sede judía desde el fin de la Shoá, la voladura de la AMIA.

Estoy aquí, en medio de la nada, cuidándome como aprendí a hacerlo. Pero la seguridad no es infalible, como lo demostró la desaparición de Jorge Julio López, testigo de cargo en un juicio contra policías y militares. Las muertes misteriosas no son una excepción en la Argentina, como volvió a mostrar el tiro en la sien del fiscal Alberto Nisman. El fiscal que había dispuesto que me protegieran como testigo, pero nunca se interesó verdaderamente en lo que yo tenía para contar.

No soy un criminal, pero vivo huyendo y en mis sueños me siento como si lo fuera.

Padezco, como nunca antes, una sensación de extrema fragilidad. Mi vida no vale nada.

Si algo llegara a pasarme, llevaría mis secretos a la tumba. La verdadera historia.

Por eso, en esta pocilga donde hoy me escondo, decidí tomarme todo el tiempo necesario para repasar mi vida, y dejar este registro escrito que voy a hacer llegar a quienes sabrán cómo usarlo para el bien, cuando llegue el momento. Contado desde las entrañas y sin maquillaje, como si le hablara a un amigo íntimo. Para que se sepa cómo pude transformarme en losi, el agente de Inteligencia infiltrado en las instituciones judías, y todo lo que sucedió después.

## *Un pibe de Flores*

Yo era un chico como tantos, nací en 1960. Me crié en Flores, un barrio tranquilo, de casitas bajas, donde se jugaba en la calle. Fui un

pibe corriente, estudié en una escuela del Estado. No me faltaba nada, pero tampoco me sobraba. Mi papá trabajaba embarcado, era marinero. Mi mamá era ama de casa. Tuve una infancia feliz, podría decir.

Pasaba todavía el sodero en un carro tirado por caballos, y nos llevaba a dar una vuelta cuando terminaba el reparto. Salíamos a andar en bici hasta el Parque Avellaneda o el Chacabuco. Nos tirábamos en los zanjones que dejaban los obreros de Segba, la compañía de electricidad, para enterrar el cableado. Juntábamos ramas para armar la fogata de San Pedro y San Pablo, en la esquina. Las vacaciones eran en la casa de mis abuelos, en el campo, o en San Clemente, en la costa.

En mi familia no había policías. Tenía, sí, un tío que era suboficial, pero no tuvo nada que ver con mi elección de esa carrera. En casa tampoco se hablaba de política. Se respetaba al policía de la esquina, que vivía a mitad de cuadra y a quien todos conocíamos. Le pedíamos permiso para jugar a la pelota en la calle y le dejábamos las bicicletas para que nos las cuidara.

Desde los siete años hice deportes. Nadaba, pero sobre todo practicaba béisbol en el club DAOM, ahí, cerca del cementerio. Me había asociado el papá de un vecinito, que trabajaba en la Municipalidad.

En 1972 se hicieron las Olimpiadas en Munich, y yo, como todos los chicos de esa época, las seguí por televisión. Cuando los integrantes de Septiembre Negro mataron a los once atletas israelíes me dolió. Era un evento deportivo y no podía comprender que los terroristas hicieran eso y el mundo no se detuviera. Las Olimpiadas no se suspendieron, siguieron como si nada y a mí me dio mucha bronca. Mucha impotencia.

Yo me juntaba con pibes judíos, nunca hice ninguna diferencia. En mi barrita de amigos había dos chicos que eran de la cole. Ellos iban al colegio Weitzman, en la calle Varela. Yo vivía a cinco o seis cuadras de allí y uno de ellos practicaba béisbol conmigo, en el club.

Cuando mi mamá iba a cobrar el sueldo de mi papá, que depositaban en la sucursal del Banco Nación que había en Varela y Eva Perón —que entonces se llamaba Avenida del Trabajo—, o a pagar la cuota en la tiendita de ropa que le daba crédito, para que no hiciera lío, me dejaba sentado en las escalinatas de la sinagoga que estaba a dos cuadras. Era un lugar seguro y familiar, donde la gente que entraba a rezar me acariciaba la cabeza.

Hasta ahí, nada fuera de lo común. En 1976, ya iba al industrial, al Belgrano, en Cochabamba y Deán Funes. Había tres orientaciones: las más populares eran electrónica y construcciones, pero yo elegí óptica y contactología.

Mis salidas de adolescente eran a los cines del centro de Flores, al Rivera Indarte o al Pueyrredón, y después de las películas, que eran por lo menos tres, a veces una de James Bond, íbamos a comer dos porciones de muzzarella y una de fainá con Coca.

Uno de mis compañeros vivía en avenida Escalada y autopista Richieri. Era un barrio policial, pero yo no sabía exactamente a qué se dedicaba el padre.

Un día, cuando estábamos almorzando en la casa, suena el teléfono y la madre atiende. Se queda callada uno o dos minutos, como paralizada, y de repente cae redonda, desmayada. Habían puesto una bomba en el comedor de Seguridad Federal. El padre de mi amigo trabajaba en el edificio. Era comisario y se salvó de casualidad. Tenía su oficina en el tercer piso. El suelo de su despacho había quedado estampado en el techo, con escritorio y todo. Él había salido y hasta altas horas de la noche nadie supo si estaba vivo o muerto. Es entonces cuando mi compañero empieza a contarme qué tipo de actividades hacía el padre. Me dijo que se enfrentaba con “el terrorismo”, con los grupos guerrilleros de esa época. No me dio más explicaciones. No hacía falta.

En el colegio había mucha politización, PRT, Montoneros. Seguramente no me vas a creer, pero yo sentía simpatía por el comunismo. Como jugaba al béisbol, la ideología me entró por el lado del deporte, porque los beisbolistas más famosos, después de los yan-

quis, eran los cubanos. Yo iba a la Embajada de Cuba y tocaba el timbre para leer el diario *Granma*, pero por las noticias de deportes. Participaba en las reuniones de delegados, siempre con bajo perfil. Nunca me gustó hacerme notar.

Pasó el tiempo, terminamos el industrial y me recibí de óptico. Me puse de novio con una chica, nos llevábamos bien. Nos entusiasmos, ella quedó embarazada, nos casamos y tuvimos un bebé, pero al año nos separamos, porque en ese momento todavía no había divorcio.

Yo trabajaba con mayoristas y no sabía qué iba a hacer de mi vida. Pensaba en ponerme una óptica, pero no lo tenía claro. Con mi trabajo ganaba por lo menos para mis gastos personales y para ayudar a la manutención de mi hijo.

A mi compañero no lo había visto más, pero en esa época nos reencontramos. Él estaba trabajando en el área de Computación de la Policía. Lo había hecho entrar el padre.

Lo fui a ver. Me dijo que el papá me podía hacer ingresar al área de Inteligencia de la Federal. Era el año 1983 o 1984. Sonaba bien, me tocaba cierta veta aventurera, pero también idealista.

El tipo había sido jefe de la división antiterrorista... Me preguntó si yo sabía de qué se trataba eso de "Inteligencia". Yo le dije que sí, pero solamente conocía lo que veía en las películas. Porque yo iba al cine a ver filmes de espionaje, pero no me fijaba en lo que le interesaba a todo el mundo, sino en cómo operaban. El hombre sonrió un poco; debe haber pensado que yo era demasiado ingenuo, pero lo disimuló. Me explicó que se ocupaban de "contrarrestar el terrorismo", y además de "resguardar la seguridad interior".

—Somos como el FBI —me dijo.

No entendí demasiado en ese momento. Pero yo quería pelear contra el terrorismo, no me importaba de qué bando viniera la violencia, si de la derecha o de la izquierda. Había visto cómo, durante siete años, se había librado en las calles de la Argentina una guerra entre militares que querían defender el orden occidental y cristiano y los que querían imponernos una ideología foránea. Pero lo real

era que yo había crecido con esa versión de la historia que había recibido de un solo lado, de los que tenían el poder.

Por eso quise entrar al cuerpo de Inteligencia de la Policía Federal Argentina.

## *Mundo secreto*

Entonces empecé mi ingreso a un mundo invisible, reservado, oculto. Directo a la Escuela de Inteligencia, que está frente al Hospital Ramos Mejía, en la calle Urquiza, arriba de la comisaría. El curso completo duraba cinco años.

La Inteligencia de la Federal había tenido su primer jefe en la época de Perón, el coronel Jorge Manuel Osinde, que se hizo famoso después de la matanza de Ezeiza. Ahí, la derecha peronista y tipos de los servicios balearon, torturaron y mataron a gente que había ido a recibir a su líder. La división se armó siguiendo el modelo del servicio de Inteligencia de la Alemania nazi.

Osinde era afecto a la cetrería, tenía un halcón en el escritorio y cuando recibía a los suyos les decía:

—Ustedes van a ser mis halcones, van a salir a cazar por mí.

Dicen que torturaba a los detenidos, y que esa fue una de las excusas que usó la Revolución Libertadora para derrocar a Perón en 1955.

En la época del Proceso, el área de Inteligencia cobró fuerza en relación muy firme con los militares. Tenía el poder de decidir sobre la vida y la muerte de la gente que detenía. Cuando volvió la democracia, comenzó a haber peleas internas fuertes con las otras áreas. De ahí proviene la costumbre de llamarnos “plumas”, despectivamente, como revancha, en lugar de “halcones”.

Los de Inteligencia te generaban desde el principio un sentido de pertenencia muy fuerte, con reglas rígidas. Los que entrábamos no podíamos revelar nuestra identidad, teníamos que usar un nombre falso. El mío, dentro de la fuerza, siempre fue Jorge Polak. Nos

aconsejaban aislarnos de nuestros amigos. No tenía que contarle nada de lo que haría a mi familia. Debía reducir mis relaciones a un grupo lo más limitado posible. Había que ser casi un ermitaño. Esas eran las órdenes, y estaban para cumplirlas. Provenían de un decreto de tiempos de Onganía, de 1967, el 2263.

Los profesores también tenían nombres falsos. Había uno al que todos le teníamos miedo, que se hacía llamar Barzola. Era gordito, de ojos claros. Lo creíamos capaz de cualquier cosa porque era un pesado de la época de los militares, había pasado por varios destinos. Se zarpaba en los interrogatorios. También lo llamaban Barreiro, y cuando se fue de la policía trabajó en Techint, en seguridad, según me contaron.

Solamente uno de los docentes era crítico. Nos decía que el día de mañana nosotros con nuestros informes íbamos a ser los que determinaríamos qué procedimientos se harían, y nos daba a entender que en otra época eran esos informes los que definían quién vivía y quién no. Nos hizo ver una película, *Brazil*, de Terry Gilliam, donde una mosca en una máquina de escribir cambiaba una letra y eso determinaba el destino de una persona.

Otros nos contaron anécdotas sobre esos errores. Confusiones de nombres, de direcciones, aberraciones... A tal punto que en una oportunidad, por equivocarse de vereda, llegaron a la casa de un militar. Como el tipo vio el despliegue de gente de civil armada, se imaginó que eran guerrilleros y empezó a disparar. Le dejaron la casa hecha un colador, mientras el objetivo real se les escapaba por otro lado. Como esa, pasaron seguramente mil cosas, tipos que se llevaron por un malentendido... Pero nadie se manifestaba arrepentido. ¿A quién le importaba?

En la Escuela estudiábamos Derecho Civil y Penal, historia de los partidos políticos, historia de los grupos terroristas, Psicología. Era una contradicción que aprendiéramos leyes porque, por otro lado, nos instruían para cometer delitos, como por ejemplo, la irrupción subrepticia en un domicilio, es decir, entrar en un lugar, sacar lo que necesitábamos y dejar las cosas igual, de manera que nadie se diera